

Manuel Chaves Nogales
José Díaz Fernández
Josep Pla
Tres periodistas
en la revolución
de Asturias

Prólogo de Jordi Amat

Primera edición, 2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Herederos de Manuel Chaves Nogales

© Herederos de José Díaz Fernández

© JOSEP PLA, 1934 y herederos de Josep Pla

© del prólogo, Jordi Amat, 2017

© de la traducción de los textos de Josep Pla, Jorge Rodríguez Hidalgo, 2006

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-06-5

Depósito legal: B.19.203-2017

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

PRÓLOGO, Jordi Amat	IX
OCTUBRE ROJO EN ASTURIAS (1935), José Díaz Fernández	I
CRÓNICAS (Octubre, 1934), Josep Pla	129
CRÓNICAS (Octubre, 1934), Manuel Chaves Nogales	199

José Díaz Fernández
Octubre rojo en Asturias

I. Mieres inicia la revolución

Mieres fue la base de la revolución. Es un pueblo grande y negro, diseminado en la falda de una montaña, desde la cual lo anuncia un resplandor rojo, el de las fábricas metalúrgicas. La inmensa cuenca minera, que se extiende desde las estribaciones de Pajares hasta los umbrales de Oviedo, desemboca en Mieres, donde están instaladas las industrias más importantes, las oficinas de las empresas y los técnicos. Allí están también las casas obreras, pintadas de bermellón, donde al atardecer hormiguean los hombres vestidos de mahón, las mujeres despeluchadas y asténicas, con los grandes ojos enrojecidos por la temperatura del taller y de la escoria, y los chiquillos sucios, desgarrados, hostiles, que salen a la busca del carbón a las orillas del río, al borde de los lavaderos.

Al atardecer del día 5 salieron por todos los caminos de la montaña emisarios de los comités revolucionarios anunciando para el día siguiente la huelga general y la sublevación armada. Los grupos de Mieres no tenían armas. Había, sin embargo, que encontrarlas, y para eso se brindó un grupo de comunistas y socialistas que

salió de madrugada armado de pistolas y escopetas. Este grupo fue, sin duda alguna, el que inició la revolución. Se dirigió, primero, al cuartelillo de la guardia municipal. Allí la empresa fue fácil. El retén dormía sobre los camastros, y cuando los guardias vieron entrar aquella fuerza, compuesta, además, de personas conocidas, apenas tuvieron tiempo de volver de su sorpresa. Los revolucionarios les quitaron las armas y las municiones y salieron para dirigirse a una armería próxima, en cuya puerta golpearon furiosamente. Por una ventana asomó el dueño, que fue invitado a entregar las armas.

El comerciante no hizo resistencia. Pero antes de franquear la entrada a los revolucionarios, llamó por teléfono al cuartel de Asalto. Por eso cuando aquellos se dedicaban a recoger las escopetas y cartuchos de la tienda, apareció la camioneta de los guardias de Asalto. Antes de que echasen pie a tierra, los revolucionarios dispararon. Tres guardias cayeron entonces heridos. Los demás, pensando que los atacantes lo eran en mayor número, retrocedieron hasta el cuartelillo de la guardia urbana, donde se hicieron fuertes.

Pero esta fue la señal de la lucha. Los mineros comenzaban a llegar de sus aldeas con sus carabinas y sus pistolas. Una inmensa multitud se congregaba en la plaza de la Constitución, desde donde partían columnas de voluntarios para rendir los cuarteles. Algunos mineros iban armados con cartuchos de dinamita, dispuestos a volarlos en caso de resistencia. Y lo que sucedía en Mieres ocurría casi simultáneamente en los demás pueblos de la cuenca, en Aller, en Pola de Lena, en Turón. A las ocho y media de la mañana la fuerza pública de aquella zona se había rendido totalmente, no sin haber

tenido duras refriegas con los revolucionarios. La avalancha era tal, sin embargo, que la cuenca entera estaba en armas, desmandada, como un río en crecida que todo lo arrasa.

En la plaza de Mieres se registraron escenas impresionantes. Después de rendirse los guardias de Asalto, las masas pedían que dos de ellos, famosos por su dureza en reprimir manifestaciones, les fueran entregados. El comité se negó a ello. Estos dos guardias estaban heridos y había que trasladarlos al hospital de sangre. Cuando la multitud los vio llegar a la plaza, protegidos por algunos obreros, se destacaron hasta diez escopeteros que los reclamaban para rematarlos. Los obreros tuvieron necesidad de cubrirles con sus cuerpos para que no disparasen sobre ellos. Pero uno de los guardias, en un acceso de pánico, con el uniforme desgarrado y cubierto de sangre, quiso huir rompiendo el cerco de los que le protegían. No bien lo había hecho cuando cayó muerto de dos tiros de escopeta.

Mediada la mañana, millares de obreros se congregaban alrededor de la Casa del Pueblo, desde donde se transmitían las órdenes del movimiento. El comité de transportes se había incautado de camiones y automóviles. El de abastecimiento había centralizado los víveres, declarando la abolición del dinero, facilitando en cambio los bonos de aprovisionamiento para la población civil.

Delante de la Casa del Pueblo se iban congregando camiones y automóviles, cuyos motores trepidaban como bestias impacientes. De vez en cuando, en medio de la trágica barahúnda, sobresalían voces nerviosas y enérgicas:

—¡Revolucionarios voluntarios para Oviedo!

—¡Revolucionarios voluntarios para Campomanes!

Los hombres se lanzaban al asalto de las camionetas, deseosos de ser los primeros en marchar. La mayoría entraba en ellas sin armas, porque no las había para todos. A los mineros se les notaba la decisión de entrar en combate desafiando el mayor peligro, convencidos de que aquella lucha era, más que necesaria, fatal. Se despedían de los amigos con cierto júbilo, y no era raro oír desde lo alto de los camiones diálogos y bromas a cuenta de las terribles jornadas.

—¡También se muere en la mina, chacho! —gritaba uno, armado con un viejo fusil casi inservible.

—Verdad, verdad. Ayer tiré las herramientas al río. ¡Viva la revolución...!

Al mismo tiempo que se organizaban las expediciones de guerra, grupos de obreros asaltaban los polvorines y se apoderaban de la dinamita que se utiliza en las faenas mineras. Otros ocuparon los talleres y fábricas metalúrgicas, donde se formaron equipos para preparar las bombas que habían de utilizarse en el ataque. Algunos de estos artefactos eran verdaderas máquinas infernales. Contenían dos paquetes de dinamita —unos cuarenta y dos cartuchos— y diez kilos de metralla hecha con recortes de varillas de acero. En estos talleres trabajaban día y noche numerosos obreros. Se construyeron allí más de cinco mil bombas.

El cuartel que más tardó en rendirse fue el de Campomanes, pueblo minero de la línea del Norte, fronterizo con León. Allí resistía un cabo de la Guardia Civil con unos cuantos números. Al conocerse la noticia en Mieres, salieron numerosas expediciones de revoluciona-

rios, que a las tres de la tarde habían logrado rendir a la fuerza pública, después de matar al cabo y herir gravemente a dos guardias. Como desde el cuartel se habían pedido refuerzos a León, poco después apareció un camión con guardias de Asalto, que llevaba emplazada una ametralladora.

En aquel momento los mineros, concentrados en gran número, eran dueños del pueblo. Los guardias indudablemente ignoraban que les esperaba allí un verdadero ejército. Apenas el camión asomó por una de las calles de Campomanes, una descarga cerrada destrozó la mitad de la dotación. Los guardias no tuvieron tiempo siquiera de utilizar la ametralladora. Los supervivientes se lanzaron a tierra y desplegados fueron a refugiarse en una fábrica donde a los veinte minutos fueron aniquilados. Solo un cabo y dos números lograron huir, a monte traviesa, camino de León.

El terreno favorecía los designios de los revolucionarios. Toda la zona, a partir de Pajares, es una sucesión de picachos y colinas, con profundos corredores flanqueados de arbolado, donde pueden parapetarse miles de hombres sin ser vistos. Al día siguiente de la primera refriega, los mineros organizaron espontáneamente un frente de combate. Las órdenes de los comités eran lentas y vacilantes, pero los hombres comprendían por instinto las exigencias de la guerra y se preparaban al ataque. Presumían que por la línea de León llegarían fuerzas dispuestas a reducirlos. Aunque el entusiasmo creaba los rumores más optimistas, anunciando el triunfo proletario en todas partes, los mineros esperaban el combate.

En efecto, pocas horas después aparecían las primeras fuerzas militares: las del batallón ciclista de Palencia,

seguidas de otras dos unidades de infantería. El choque fue durísimo. Las fuerzas de vanguardia sucumbieron casi totalmente; pero las restantes, a costa de grandes pérdidas, pudieron ganar la posición de Vega de Rey, en la cual resistieron el asedio incesante de los mineros durante una semana, desde el 8 al 16 de octubre, fecha en que aflojó definitivamente la presión revolucionaria.

La marcha sobre Oviedo fue más fácil. Cientos de mineros se alistaban para el frente. La primera refriega entre la fuerza pública y los sublevados tuvo lugar en plena carretera, en la llamada cuesta de la Manzaneda. Los guardias ocuparon las casas y desde allí quisieron cortar el paso a los grupos. Fue inútil. Los revolucionarios, en medio de continuas descargas, ocuparon la loma más alta, desde la cual dominaban la posición de la fuerza. Esta no tuvo más remedio que abandonarla y batirse en retirada hacia los montes próximos. Allí fueron cazados los guardias uno a uno, mientras los mineros, tras despojarles de correaje y armamento, marchaban como una tromba sobre Oviedo, donde comenzaron las nuevas y trágicas jornadas.

En la carretera quedaban mezclados y barajados por el destino cadáveres de guardias y de revolucionarios. Al día siguiente, los labriegos de las aldeas próximas abrieron una fosa en la falda del monte y los enterraron apilados, bajo el ronco zumbido de los primeros aviones.